

foron los marraños que os...  
tampán las pezuñas en "El...  
La Porvenir del Obreiro," mejor...  
que criticar los actos de la fuerza...  
Junta Organizadora del Par...  
Liberal Mexicano y del la...  
Grupo Editor de REGENERACI...  
ión, actos guiados por un...  
sincero fervor revolucionario, sentados en la tierra, que...  
y do hacer mofa de la actitud...  
viril del trabajador mexicano, ¡Detente!

actitud no superada todavía...  
por la de ningún otro trabajo...  
dór en el mundo, pondrían toda...  
do su empeño en fomentar el...  
movimiento mexicano, en la...  
proceder que no sea acatar...  
do, absorbido por los partida...  
rios del principio de Autori...  
dad. Pero en lugar de hacer...  
lo así, se nos ataca a nosotros...  
—Yo sé a dónde voy. Voy...  
que, quierase o no se quiera...  
somos los orientadores de...  
hermoso y trascendental mo...  
vimiento emancipador, pues...  
los trabajos y a los sacrifici...  
cios de los miembros del Par...  
tido Liberal Mexicano se debe...  
el gran progreso revoluciona...  
rio alcanzado en México, y se...  
nos ataca porque nacimos en...  
México, porque somos indios...  
y el indio, según el criterio...  
gachupín, es un individuo de...  
mentalidad inferior, bueno...  
para trabajar bajo la mirada...  
brutal del capataz, excelente...  
para vivir oconvorado en el...  
suro bajo el latigo del negre...  
ro, negrero gachupín, natu...  
ralmente; pero incapaz de...  
concebir en sus nebulosas ce...  
rebraciones un solo proyec...  
to de emancipación, la idea...  
vaga de libertad.

(Continúa)

RICARDO FLORES MAGÓN.

## LAS DOS TENDENCIAS

La tendencia joven y en su sonrisa irradian todas las auroras, florecen todos los rosales, respiran todos los nardos. La vieja frunce el ceño y gruñe:

—¡Alto ahí, desvergonzada! ¿A dónde vas de esa manera?— y con el dedo descarnado señala las desnudeces luminosas de la joven que se ostentan palpitantes y espléndidas como un poema entusiasta a la Verdad, a la Libertad y a la Vida.

La joven no se detiene, no puede detenerse, tiene prisa de llegar a su destino, y su cuerpo ondulante al son armonioso como una estrofa de salud, de fuerza y de belleza.

La vieja, fuera de sí, echa a correr tras de la joven, los rales cabellos al aire, la desdentada boca abierta.

—¡Detente, loca! ¡Vergüenza do tu sexo!— grita la vieja. —¡Sabes siquiera a dónde vas? Yo aquí me detengo, yo no camino más. Vale más malo por conocido que bueno por conocer. Es una locura seguir adelante por ese camino que no se sabe dónde terminará. Mis padres hasta aquí llegaron, y yo no pasaré de aquí, pues sería tanto como renegar de ellos si diera un paso adelante negando lo que ellos creyeron, odiando lo que ellos amaron, despreciando lo que fué para ellos

motivo de respetuoso culto y religiosa admiración. La fuerza tiene que haber siempre ricos y pobres. Dios lo ha decretado así; lo asegura la santa religión, y es necesario, para que Dios tenga sus representados en la tierra, que los gobernantes, ¡Detente!

Los gritos destemplados de la vieja levantan una bandada de gorriones que picotean alegres a la orilla del camino. La joven vuelve el rostro, sonríe bondadosa, y sin detener el paso, dice con una voz en la que vibran la sinceridad y la convicción:

—Yo sé a dónde voy. Voy que, quierase o no se quiera hacia la Vida, y voy desnuda porque represento la Verdad. La Verdad no puede andar con disfraces. No puedo de los trabajos y a los sacrificios de los miembros del Partido Liberal Mexicano se debe el gran progreso revolucionario alcanzado en México, y se nos ataca porque nacimos en México, porque somos indios, y el indio, según el criterio gachupín, es un individuo de mentalidad inferior, bueno para trabajar bajo la mirada brutal del capataz, excelente para vivir oconvorado en el suro bajo el latigo del negrero, negrero gachupín, naturalmente; pero incapaz de concebir en sus nebulosas cerebraciones un solo proyecto de emancipación, la idea vaga de libertad.

La vieja baja la cabeza y parece reflexionar, los escasos cabellos canos sueltos al viento. Quiere replicar; pero no halla palabras con que combatir las palabras de la Verdad. La joven, sin detener su marcha, continúa:

—Yo me rebelo contra todo lo que creyeron mis padres, no porque los desprecie o los odie. Desprecio y odio, sí a los que los tuvieron sumergidos en la mentira para tirarlos y explotarlos y embrutecerlos.

La joven continúa su marcha como un sol en movimiento, y la vieja, en su puesto, inmóvil, clavada, la ve alejarse rápida como un rayo de esperanza pasa fugaz por la sombría mente del tristo.

La joven va hacia la Vida; la vieja se desposa con la Muerte.

RICARDO FLORES MAGÓN.

El producto líquido del baño organizado por las compañeras del Grupo "Luz y Vida," de esta ciudad, para la noche del 27 de Noviembre pasado, fue la cantidad de \$16.25, que fueron entregados en las oficinas de REGENERACION por la compañera María E. Juárez. Estimaremos que la Secretaria del Grupo "Luz y Vida," compañera Geronima Romo, presente ante las demás compañeras del Grupo referido, nuestro testimonio de agradecimiento del acto solidario que han llevado a cabo al prestarnos su ayuda en nuestros esfuerzos de llevar a feliz término el desigual combate que los proletarios mexicanos tenemos entablado contra los ricos en nuestras ansias de ser libres y felices o de morir en la empresa, antes que continuar arrastrando la vida miserable del esclavo pasivo. E. F. M.

POR LA SALUD DE RICARDO.

Ciudad: Andrés Moreno, \$3.00; Raul Palma, \$1.00; María E. Juárez, \$0.75; N. Méz. R.A. Dóram, \$3.00. Total: \$7.75.

## Carranza el Jesuita.

Todo gobierno, preséntese bajo la denominación que se quiera, y por más radical que pretenda o aparente ser, es, irremisiblemente, liberticida; es decir, asesino de la libertad.

Por necesidad, por naturaleza, por ley de propia conservación, lo es. Si lo contrario es no ser gobierno. Obrar de manera contraria es, para él, cometer suicidio. El gobierno tiene por fuerza que ser liberticida; o renunciar a ser gobierno.

Las necesidades de las clases privilegiadas, sus intereses, exigen la existencia de un poder que tenga a raya a la clase despojada, la no privilegiada, en sus esfuerzos por emanciparse; de ahí viene la creación del gobierno; y de ahí también que el gobierno tenga que ser por naturaleza liberticida, para matar la libertad del sujeto a favor del desahogado. Y estando el gobierno basado sobre una injusticia social, resulta en sí ser injusta también su existencia y sus funciones, y que, contra esa injusticia, como resultado natural, tenga que rebelarse el pueblo. En consecuencia, por ley de propia conservación, por propia defensa, el gobierno tiene que ser liberticida.

Se ve, pues, que por todos conceptos, el gobierno tiene que ser irremisiblemente liberticida. El gobierno de Venustiano Carranza no puede ser una excepción; que de serlo, según se ve por las conclusiones que he sacado, dejaría de existir. En ese caso, Carranza, en vez de ser Presidente de la República Mexicana, sería una simple individualidad.

Carranza pretende no ser liberticida, sino libertario, es decir un hombre que ama la libertad en todas sus formas; y eso dista mucho de la verdad.

Lo que hace Carranza es seguir una política de jesuita. Encontrándose en un medio ambiente radical, tiene que aparentar jesuiticamente que él también es radical, o resignarse a no tener quien le siga, quien le suba al poder y quien le ayude a establecer un gobierno fuerte, capaz de ahogar en sangre las ansias de libertad del proletariado mexicano. Esta política, diré de paso, ha servido a Carranza para captarse las simpatías y aun la ayuda en los campos de batalla, de millares de obreros de radicales tendencias que, engañados, ven de Carranza la máscara del libertario solamente, pero no el rostro del liberticida.

Carranza es falso, es jesuita, como buen político que es.

No hago tal aseveración por prejuicio, ni por sectarismo. Reconozco la honradez cuando ésta existe en campo enemigo.

Si las conclusiones lógicas que he procurado presentar anteriormente no son suficientes para convencer a los que de buena fe creen aún en Carranza, paso a dar hechos concretos que apoyan mi dicho.

Tomó de "La Voz de la Revolución," diario carrancista publicado en Mérida, Yucatán, una circular que bajo el rubro: "Circular del Comandante Militar a las Imprentas," publica en su edición del jueves 4 de Noviembre de 1915, y que es como sigue:—

"Por acuerdo de este Comandante militar manifiesto a usted haga saber a los empleados de su dependencia que pueden volver a sus facenas en la confianza de que serán auxiliados por la policía contra cualquier ataque que intenten los huelguistas. De usted atentamente.—Constitución y Reformas.—Mérida, Noviembre 3 de 1915. El Comandante Militar, E. Reico.—El Secretario Suplente, Fernando Rosas M.—Al C. Gerente de "La Voz de la Revolución."—Presente."

La circular citada demuestra que el gobierno carrancista, por mas que aparenta estar a favor de los trabajadores, esta de hecho

a favor de los amos, de los de arriba, de los explotadores, de los privilegiados, como a todo gobierno corresponde estar. Los compañeros tipógrafos de Mérida se han de ir a la huelga basándose en los medios pecuniarios adquiridos por su mejoramiento económico, porque, desgraciadamente, todavía no comprenden todos los obreros mexicanos que la única manera de conquistar su emancipación política, económica y social es el uso de las armas combatiendo por Tierra y Libertad.

Los esquirols, los Quiebra-huelgas, que el mismo medio de escasez económica fuerza aun a existir, se apresuraron a tomar los puestos de los huelguistas. Como es natural, estos, los huelguistas, quieren impedir que los esquirols trabajen, porque al hacerlo, al trabajar, les quitan a los huelguistas la manera de vender a los amos, que tendrían que ceder a las demandas justas de los huelguistas si no encontrasen quien les hiciera el trabajo; porque bien sabido es que los amos, teniendo horror mortal al trabajo, no serían capaces de ponerse a hacerlo ellos mismos. Pero Fe aquí al gobierno de Venustiano Carranza que viene en apoyo de los patronos, de los explotadores, a quienes en pequeña circular dice en concreto lo siguiente: "Aconseja a tus esquirols que vengas a trabajar, con la seguridad de que si los trabajadores huelguistas quieren impedirlo, mis esbirros repetirán el Río Blanco de Porfirio Díaz," es decir los asesina en masa. ¿Puede pelearse prueba mas palpable de que Carranza está en contra de los intereses de los trabajadores?

Tengo otra prueba mas de que Carranza es liberticida. Acabo de recibir carta de Monterrey, Estado de Nuevo Leon, controlado por Carranza, en la que se nos noticia que nuestros camaradas del Grupo "Pedro Kropotkin," han sido arrojados a la Penitenciaría del Estado. Eso es atentatorio contra la libertad de reunión, libertad de que garantizada por la Constitución que dicen respetar y defender los señores constitucionalistas o carrancistas. El pretexto para encarcelar a dichos compañeros cuyos nombres son Maximino Juárez, Macedonio Oyervides, Tranquilino Hernández, Juan Ruiz y Juan Alvarez, miembros de la Casa del Obreiro, de Monterrey, fue el de suponer que prestaban ayuda a los profesores de la ciudad, quienes están en huelga por mejores salarios. ¿Puede pedirse otra prueba mejor de que Carranza es liberticida?

Pero hay mas todavía. Desde hace ya muchos meses, desde que el carrancismo sentó sus reales en Nuevo Leon, están presos en la misma Penitenciaría del Estado, en Monterrey, Juan Hernandez Garcia, Eleuterio Palos, Felipe Hernandez Garcia y Esteban Montelongo, acusados, asombrosos, de ser agitadores de los obreros. ¡Gran crimen ante los ojos de una liberticida! ¿No basta esta prueba tambien, para que por si sola demuestre que Carranza esta contra la libertad de los pobres, de los obreros, de los oprimidos y explotados?

Pues todavía tengo otra prueba mas de que Carranza es un jesuita y un malvado que esta engañando al pueblo con sus fingidos radicalismos y sus leyecillas de repartición de tierras. Traduzco de "The Los Angeles Times," de esta ciudad, el siguiente despacho publicado en su edición del 30 de Noviembre proximo pasado: "Laredo, (Tex.) Nov. 29.—Un decreto expedido este día por el Gobernador del Estado Tamaulipas, prorroga el tiempo para devolver las haciendas expropiadas por las fuerzas constitucionales durante los dos pasados años, hasta fines de Diciembre de 1915. Se da a los recla-

mantos hasta ese tiempo para presentar personalmente pruebas documentarias de sus derechos de propiedad ante el Gobernador en Victoria."

¿Que demuestra la anterior noticia sino que Carranza le ha jugado el dedo en la boca al pueblo, simulando que expropiaba la tierra de manos de los burgueses en beneficio de los pobres, para despojarlos como ahora, ya que se considerase algo fuerte, burlar al pueblo y devolver esas tierras a los que presentan sus títulos de propiedad; es decir a los mismos bandidos de cuyas manos se habian tomado a costa de tanta san-

gre y sacrificios de los pobres? Otro despacho de Topolobampo, Sinaloa, publicado por el mismo periódico en la misma fecha, dice en la parte que nos interesa: "Las propiedades extrangeras estan siendo aun retenidas por los indios (nuestros hermanos yaquis), en los distritos adyacentes, pero las autoridades carrancistas aseguran que tan pronto como sean recobradas, seran devueltas a sus poseedores legales, (los extrangeros, que adquirieron esas tierras por medio del despojo a los yaquis)." ¿Que significa eso sino que Carranza se hace

amplitud a la cabana, y mucha provisión y mucha ropa. Chona le oye divagar, mientras se ingenia en sacar de unos pantalones viejos y raídos de Julián, unos nuevos para Carlos que, en su inocencia, luce desvergonzadamente el trasero, haciendo piruetas, cabeza al suelo, para distraer a Nacha, la niña de pecho, que chillaba desesperadamente bajo una nube de moscones dorados que buscan diligentes entre los pañales el origen del fuerte olor que las ha atraído.

—Ahora, ¡a trabajar!— exclama lleno de ánimo Julián.—Va a ser dura la faena; pero, en cambio, podemos decir que lo que saquemos de esta tierra ya es nuestro.

—No todo,—replica Chona suspirando,—todavía hay que pagar por veinte años los abonos sobre el valor de la tierra; y lo del Banco Agrícola; y lo... —¿Pues no dicen que el señor Carranza dió la tierra?—observa tímidamente Paquita a la vez que escaraba con furia sus naricillas.

—¡Qué Paquita! ¡Bien se vé que todavía no sabes tú de negocios!—exclama Julián riendo.—¿Cómo quieres tú que regale la tierra el señor Carranza? Lo único que puede hacer es que el Tesoro Público pague por nosotros al contado su dinero a los duenos de la tierra, para podérnosla fiar en abonos. Ya con eso hace bastante gracia; ¿verdad Chona?

—Pues... yo también creía que la daban, que peleaban por eso y no por comprarla nada más,—contesta la mujer de Julián. —¡Otra que mejor cantó!—exclama Julián.—Si cogiésemos la tierra sin pagarla, entonces cometeríamos un robo, violaríamos la ley, íbamos contra los principios constitucionales... —¿Una talántula!—grita Pepín, el más pequeño de los hombreritos, corriendo a refugiarse al regazo de la madre, mientras que Julián hace papilla bajo su zapato al peludo intruso que vino a cortar sus vuelos oratorios.

¿Qué diferencia tan grande hay entre aquella tierra árida, seca y pedregosa, con algunos manchones de escuálidos mezquites, que recibió Julián de manos del gobierno siete meses atrás, y la que ahora vemos tan fértil, cubierta de altas espigas doradas y bellas! —¿Y qué diferencia, también, en el aspecto físico de Julián y su familia! Desde Julián, hasta el pequeño Pepín, todos han resentido la fatiga. Llenos de vida y carnes estaban al colonizar aquellos desiertos áridos entonces, y ahora están pálidos, estropeados y tan flacos que sus huesos semejan afilados punales que quieren rasgar la piel.

Pero Julián está gozoso. Construye jardines en el aire, pensando en lo que va a hacer con el dinero que gane al vender su trigo. Desde luego, ¡claro!, comprará una vaquita, para tener leche abundante y fresca todos los días, para sus chamaquitos; comprará otro caballo para la labranza; algunas gallinas que les abastezca de huevos; uno o dos puerquitos; alguna madera para dar mayor

La siega y la trilla están hechas. Ahora, al mercado. Julián carga el carro; se pone el traje dominguero que Chona acabó de parchar y arreglar dili-

documentarias de sus derechos de propiedad ante el Gobernador en Victoria."

—Ahora, ¡a trabajar!— exclama lleno de ánimo Julián.—Va a ser dura la faena; pero, en cambio, podemos decir que lo que saquemos de esta tierra ya es nuestro.

—No todo,—replica Chona suspirando,—todavía hay que pagar por veinte años los abonos sobre el valor de la tierra; y lo del Banco Agrícola; y lo... —¿Pues no dicen que el señor Carranza dió la tierra?—observa tímidamente Paquita a la vez que escaraba con furia sus naricillas.

—¡Qué Paquita! ¡Bien se vé que todavía no sabes tú de negocios!—exclama Julián riendo.—¿Cómo quieres tú que regale la tierra el señor Carranza? Lo único que puede hacer es que el Tesoro Público pague por nosotros al contado su dinero a los duenos de la tierra, para podérnosla fiar en abonos. Ya con eso hace bastante gracia; ¿verdad Chona?

—Pues... yo también creía que la daban, que peleaban por eso y no por comprarla nada más,—contesta la mujer de Julián. —¡Otra que mejor cantó!—exclama Julián.—Si cogiésemos la tierra sin pagarla, entonces cometeríamos un robo, violaríamos la ley, íbamos contra los principios constitucionales... —¿Una talántula!—grita Pepín, el más pequeño de los hombreritos, corriendo a refugiarse al regazo de la madre, mientras que Julián hace papilla bajo su zapato al peludo intruso que vino a cortar sus vuelos oratorios.

¿Qué diferencia tan grande hay entre aquella tierra árida, seca y pedregosa, con algunos manchones de escuálidos mezquites, que recibió Julián de manos del gobierno siete meses atrás, y la que ahora vemos tan fértil, cubierta de altas espigas doradas y bellas! —¿Y qué diferencia, también, en el aspecto físico de Julián y su familia! Desde Julián, hasta el pequeño Pepín, todos han resentido la fatiga. Llenos de vida y carnes estaban al colonizar aquellos desiertos áridos entonces, y ahora están pálidos, estropeados y tan flacos que sus huesos semejan afilados punales que quieren rasgar la piel.

Pero Julián está gozoso. Construye jardines en el aire, pensando en lo que va a hacer con el dinero que gane al vender su trigo. Desde luego, ¡claro!, comprará una vaquita, para tener leche abundante y fresca todos los días, para sus chamaquitos; comprará otro caballo para la labranza; algunas gallinas que les abastezca de huevos; uno o dos puerquitos; alguna madera para dar mayor

La siega y la trilla están hechas. Ahora, al mercado. Julián carga el carro; se pone el traje dominguero que Chona acabó de parchar y arreglar dili-

gentemente la pasada noche, y despues de besar a su mujer y a sus hijos, marcha a la ciudad con el corazón lleno de esperanzas y el cerebro poblado de números. Ya en el mercado, comienza el regateo. Julián ofrece su mercancía, marca el precio de la misma, procurando hacerlo algo barato para no espantar al comprador. El mercader re brutalemente en las harbas de Julián. —Pero, buen hombre,—dice el mercachifle,—¿cómo quieres que te pague tanto por tu grano cuando nuestros graneros están llenos de grano que se nos está echando a perder por falta de compradores, a pesar de que nuestros precios son mucho más bajos, casi la tercera parte, de los tuyos? A Julián se le caen las quijadas con aquel primer desengaño. Todos sus grandes números, ante el pequeño del mercachifle, se baten en retirada, atreviéndose apenas a asomar las narices tras un repliegue del cerebro de Julián. Ofreció más adelante su mercancía, recibiendo siempre el mismo desengaño. Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿Si los periódicos decían, no hace ni ocho días todavía, que la escasez de grano era terrible, al grado de que había pueblos enteros muriendo de hambre, y que los precios estaban por las nubes? Julián no puede comprender ese misterio, por más que se rasca la cabeza con furia y arruza el entrecejo profundamente.

—¿Que hubo, Julián?—oye que alguien le dice, a la vez que sienta en su hombro una primera ramista que le vuelve en sí de sus profundas reflexiones. —¿Por qué tienes esa cara de entuerto? —¡Qué he de tener, Pedro!—replica Julián al reconocer a su antiguo compañero de escuela primaria, a quien hufa por sus ideas radicales, y hacia quien siente ahora rara simpatía. —¡Imagínate que despues de haber trabajado mi familia y yo hasta desplomarnos, por más de medio año, primero limpiando y desmontando el mal terreno que nos dió el señor Carranza en abonos; despues haciendo las obras de irrigación necesarias, y por último los demás trabajos de labranza, etc., etc., hasta traer aquí nuestro grano, recibo la desepción más terrible que...

—No necesitas seguir,—interrumpe Pedro.—Sé tu historia. Es la misma de todos los que hasta ahora han sonado ser libres y felices bajo un gobierno llamado "paternal." Tú, como otros obreros, combatiste valerosamente en las filas de Carranza, porque él, decretó la repartición de las tierras; porque él, creandó el llamado Departamento del Trabajo, consintiendo que se formasen uniones obreras y que la prensa y los oradores públicos usasen de lenguaje más o menos radical, te hizo creer, lo mismo que a otros muchos obreros, que en efecto se preocupaba por el bienestar del pueblo trabajador, de los pobres, del proletariado, sin comprender que lo hacía por política, para tener partidarios

solidario en este caso de los despojos brutales cometidos por Díaz? Todo lo anteriormente escrito demuestra que Carranza es un jesuita que ha estado, que esta y estará, siempre que pueda, engañando al pueblo, al pobre, a los obreros, y que si queremos ser realmente libres y felices algun día, debemos ir todos los proletarios en contra de Carranza y de todo gobierno, y luchar ya no para encumbrar sobre nosotros otro tirano, sino para conquistar Pan, Tierra y Libertad para Todos. ENRIQUE FLORES MAGÓN.

gentemente la pasada noche, y despues de besar a su mujer y a sus hijos, marcha a la ciudad con el corazón lleno de esperanzas y el cerebro poblado de números. Ya en el mercado, comienza el regateo. Julián ofrece su mercancía, marca el precio de la misma, procurando hacerlo algo barato para no espantar al comprador. El mercader re brutalemente en las harbas de Julián. —Pero, buen hombre,—dice el mercachifle,—¿cómo quieres que te pague tanto por tu grano cuando nuestros graneros están llenos de grano que se nos está echando a perder por falta de compradores, a pesar de que nuestros precios son mucho más bajos, casi la tercera parte, de los tuyos? A Julián se le caen las quijadas con aquel primer desengaño. Todos sus grandes números, ante el pequeño del mercachifle, se baten en retirada, atreviéndose apenas a asomar las narices tras un repliegue del cerebro de Julián. Ofreció más adelante su mercancía, recibiendo siempre el mismo desengaño. Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿Si los periódicos decían, no hace ni ocho días todavía, que la escasez de grano era terrible, al grado de que había pueblos enteros muriendo de hambre, y que los precios estaban por las nubes? Julián no puede comprender ese misterio, por más que se rasca la cabeza con furia y arruza el entrecejo profundamente.

—¿Que hubo, Julián?—oye que alguien le dice, a la vez que sienta en su hombro una primera ramista que le vuelve en sí de sus profundas reflexiones. —¿Por qué tienes esa cara de entuerto? —¡Qué he de tener, Pedro!—replica Julián al reconocer a su antiguo compañero de escuela primaria, a quien hufa por sus ideas radicales, y hacia quien siente ahora rara simpatía. —¡Imagínate que despues de haber trabajado mi familia y yo hasta desplomarnos, por más de medio año, primero limpiando y desmontando el mal terreno que nos dió el señor Carranza en abonos; despues haciendo las obras de irrigación necesarias, y por último los demás trabajos de labranza, etc., etc., hasta traer aquí nuestro grano, recibo la desepción más terrible que...

—No necesitas seguir,—interrumpe Pedro.—Sé tu historia. Es la misma de todos los que hasta ahora han sonado ser libres y felices bajo un gobierno llamado "paternal." Tú, como otros obreros, combatiste valerosamente en las filas de Carranza, porque él, decretó la repartición de las tierras; porque él, creandó el llamado Departamento del Trabajo, consintiendo que se formasen uniones obreras y que la prensa y los oradores públicos usasen de lenguaje más o menos radical, te hizo creer, lo mismo que a otros muchos obreros, que en efecto se preocupaba por el bienestar del pueblo trabajador, de los pobres, del proletariado, sin comprender que lo hacía por política, para tener partidarios

La siega y la trilla están hechas. Ahora, al mercado. Julián carga el carro; se pone el traje dominguero que Chona acabó de parchar y arreglar dili-

gentemente la pasada noche, y despues de besar a su mujer y a sus hijos, marcha a la ciudad con el corazón lleno de esperanzas y el cerebro poblado de números. Ya en el mercado, comienza el regateo. Julián ofrece su mercancía, marca el precio de la misma, procurando hacerlo algo barato para no espantar al comprador. El mercader re brutalemente en las harbas de Julián. —Pero, buen hombre,—dice el mercachifle,—¿cómo quieres que te pague tanto por tu grano cuando nuestros graneros están llenos de grano que se nos está echando a perder por falta de compradores, a pesar de que nuestros precios son mucho más bajos, casi la tercera parte, de los tuyos? A Julián se le caen las quijadas con aquel primer desengaño. Todos sus grandes números, ante el pequeño del mercachifle, se baten en retirada, atreviéndose apenas a asomar las narices tras un repliegue del cerebro de Julián. Ofreció más adelante su mercancía, recibiendo siempre el mismo desengaño. Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿Si los periódicos decían, no hace ni ocho días todavía, que la escasez de grano era terrible, al grado de que había pueblos enteros muriendo de hambre, y que los precios estaban por las nubes? Julián no puede comprender ese misterio, por más que se rasca la cabeza con furia y arruza el entrecejo profundamente.

—¿Que hubo, Julián?—oye que alguien le dice, a la vez que sienta en su hombro una primera ramista que le vuelve en sí de sus profundas reflexiones. —¿Por qué tienes esa cara de entuerto? —¡Qué he de tener, Pedro!—replica Julián al reconocer a su antiguo compañero de escuela primaria, a quien hufa por sus ideas radicales, y hacia quien siente ahora rara simpatía. —¡Imagínate que despues de haber trabajado mi familia y yo hasta desplomarnos, por más de medio año, primero limpiando y desmontando el mal terreno que nos dió el señor Carranza en abonos; despues haciendo las obras de irrigación necesarias, y por último los demás trabajos de labranza, etc., etc., hasta traer aquí nuestro grano, recibo la desepción más terrible que...

—No necesitas seguir,—interrumpe Pedro.—Sé tu historia. Es la misma de todos los que hasta ahora han sonado ser libres y felices bajo un gobierno llamado "paternal." Tú, como otros obreros, combatiste valerosamente en las filas de Carranza, porque él, decretó la repartición de las tierras; porque él, creandó el llamado Departamento del Trabajo, consintiendo que se formasen uniones obreras y que la prensa y los oradores públicos usasen de lenguaje más o menos radical, te hizo creer, lo mismo que a otros muchos obreros, que en efecto se preocupaba por el bienestar del pueblo trabajador, de los pobres, del proletariado, sin comprender que lo hacía por política, para tener partidarios

La siega y la trilla están hechas. Ahora, al mercado. Julián carga el carro; se pone el traje dominguero que Chona acabó de parchar y arreglar dili-

gentemente la pasada noche, y despues de besar a su mujer y a sus hijos, marcha a la ciudad con el corazón lleno de esperanzas y el cerebro poblado de números. Ya en el mercado, comienza el regateo. Julián ofrece su mercancía, marca el precio de la misma, procurando hacerlo algo barato para no espantar al comprador. El mercader re brutalemente en las harbas de Julián. —Pero, buen hombre,—dice el mercachifle,—¿cómo quieres que te pague tanto por tu grano cuando nuestros graneros están llenos de grano que se nos está echando a perder por falta de compradores, a pesar de que nuestros precios son mucho más bajos, casi la tercera parte, de los tuyos? A Julián se le caen las quijadas con aquel primer desengaño. Todos sus grandes números, ante el pequeño del mercachifle, se baten en retirada, atreviéndose apenas a asomar las narices tras un repliegue del cerebro de Julián. Ofreció más adelante su mercancía, recibiendo siempre el mismo desengaño. Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿Si los periódicos decían, no hace ni ocho días todavía, que la escasez de grano era terrible, al grado de que había pueblos enteros muriendo de hambre, y que los precios estaban por las nubes? Julián no puede comprender ese misterio, por más que se rasca la cabeza con furia y arruza el entrecejo profundamente.

—¿Que hubo, Julián?—oye que alguien le dice, a la vez que sienta en su hombro una primera ramista que le vuelve en sí de sus profundas reflexiones. —¿Por qué tienes esa cara de entuerto? —¡Qué he de tener, Pedro!—replica Julián al reconocer a su antiguo compañero de escuela primaria, a quien hufa por sus ideas radicales, y hacia quien siente ahora rara simpatía. —¡Imagínate que despues de haber trabajado mi familia y yo hasta desplomarnos, por más de medio año, primero limpiando y desmontando el mal terreno que nos dió el señor Carranza en abonos; despues haciendo las obras de irrigación necesarias, y por último los demás trabajos de labranza, etc., etc., hasta traer aquí nuestro grano, recibo la desepción más terrible que...